

La Europa de la segunda mitad del siglo XIX está marcada por un espectacular progreso científico y técnico, por un fuerte crecimiento económico y por un espectacular enriquecimiento material. Esta evolución se acompaña por un decaimiento de las tradiciones religiosas, por la victoria del positivismo y el cientifismo sobre las viejas metafísicas y por el hundimiento de las artes en el eclecticismo histórico.

Esta modernización engorda la altivez de los iniciadores, pero a la vez hace nacer la angustia de una nueva generación cara a aquello que Max Weber llamaba «el desencantamiento del mundo», cara al derrumbamiento de las mitologías religiosas, filosóficas, poéticas, cara a la llegada de una racionalidad científica y técnica estrechamente instrumental. Lou vive esta desilusión y desconcierto que abarca a toda la generación pensante de su tiempo. A modo de ejemplo del ambiente que se respiraba en las últimas décadas del novecientos, es muy ilustrativo el caso del pintor austríaco Gustav Klimt, que al ser encargado de decorar los frescos de la nueva Universidad de Viena, su proyecto vino a ser un total escándalo: él representaba la Filosofía como una masa de cuerpos abandonados a la gran corriente de la vida y del sueño, la Medicina como una lasciva danza macabra dirigida por una sacerdotisa-mujer fatal, la Jurisprudencia como una hidra apretando a un hombre descarnado: la confianza en la virtud de las Luces y del Progreso ha quedado destruída.

Lou vivió esta desilusión común a toda la generación pensante de los finales del siglo XIX, que comparten la idea de la fragilidad del entendimiento científico, que se coloca como maestro del mundo pero queda sometido a las fuerzas imperiosas que aseguran «la unidad inconsciente con las cosas». La idea de una esfera individual microcósica integrada, más allá de las visiones científicas del mundo, en un orden macrocómico, sostiene desde el principio hasta el final de su vida, las reflexiones de Lou Andreas-Salomé.

Espíritu romántico

El malestar que algunos sienten dentro de la civilización científica y técnica tiene como consecuencia la aparición de los neorrománticos, los que repetían a Novalis: «El poeta tiene un mejor entendimiento de la naturaleza que el espíritu científico», porque el poeta comprende a partir de la Totalidad. Este misticismo de la vida es el que anima todos los textos de Lou: la idea de que la vida es una gran cadena en la que el hombre, tanto su cuerpo como su espíritu, no sería más que un eslabón. Materia y espíritu forman para ella una unidad indisoluble.

Los finales del siglo XIX para muchos pensadores europeos van a ser los años del retorno a la naturaleza, que se concretará en los movimientos naturistas, vegetarianos, antroposóficos, etc... Lou Andreas-Salomé, fiel a estos principios, en el año 1903, instala su residencia en Göttingen, con la intención de llevar una vida campestre, de unión con los árboles, las flores y los animales. Por aquel entonces también comprende que una vía importante para acceder a la comunión con la totalidad de la vida y de la naturaleza pasa por la experiencia erótica, y así lo escribe en 1898 en un artículo titulado «El amor físico»: «El acto sexual es el medio por el cual la vida nos habla como si el amante no fuera solamente él mismo, sino también la hoja que tiembla sobre el árbol,

el rayo que centellea sobre el agua, metamorfoseado en todas las cosas y transfigurador de todas las cosas: una imagen que estalla en la inmensidad del Todo, de tal forma, que nos sentimos igualmente en nuestro medio que transportados». Doce años después, en su *Tratado sobre el Erotismo*, se reafirma en la idea, de que el erotismo, no solamente permite la fusión reconciliadora del Sujeto y del Mundo, sino que también junta al alma y el cuerpo.

Para comulgar con las nuevas corrientes ideológicas de su tiempo, el primer paso que dio Lou, aún adolescente, fue tirar por la borda las creencias religiosas de su infancia. «Cosa harto sorprendente —escribe en su *Mirada retrospectiva*—, de la pérdida de Dios se derivó, por lo pronto, un efecto inesperado: en lo moral, me hice bastante más buena, más obediente (lo ateo no me diabolizó, por lo tanto), probablemente porque el abatimiento actuaría como un freno para todas las barrabasadas.» A partir de sus tempranas guerras de fe, cuando tenía 17 años, todos los campos del pensamiento, también los teológicos, persistieron para ella en el mismo plano del puro interés intelectual. ¿Cómo y dónde siguieron entonces actuando aquellas creencias antiguas y tempranas? A esta pregunta Lou se responde: «Pues en ninguna otra cosa que en la propia desaparición-de-Dios. Porque lo que quedaba por debajo de todo, no importa cómo se mudasen las superficies todas del mundo y de la vida, era el hecho inamovible del universo abandonado por Dios».

El resultado de este proceso ella lo define como la cosa más positiva de la que su vida tenga noticia: «Una sensación fundamental —escribe— de inconmensurable comunidad de destino con todo lo que es, que se despertó entonces oscuramente y no dejó ya nunca de traspasarlo todo».

Abrazar la vida

Desde sus tiempos mozos, y rompiendo con todos los esquemas mentales y costumbres sociales que hubiera que romper, la joven rusa transplantada a Suiza, se entregó alegre, pronta y sin reservas a todo lo por venir en la vida: «Porque “la vida” —dice— era algo amado, esperado, abrazado con todas mis fuerzas. Pero, precisamente por eso, no era lo poderoso, lo dominante, lo determinante, a lo cual se le supone condescendencia, sino algo igual a mí, una existencia de igual manera inabarcable como yo misma. ¿Cuándo y dónde cesa Eros?»

Siempre guiada por su descomunal impulso vital y su fidelidad a sí misma, Lou Andreas-Salomé llegó a tener una estrecha conexión personal con la casi totalidad de los más famosos intelectuales y artistas de su tiempo, de los que fue colaboradora, amiga, confidente, musa, hermana, madre o amante, según cuándo y cómo. Con cierto tono peyorativo, de ella se ha llegado a decir que es más importante su sexografía que su biografía. Nietzsche, Rée, su propio marido, Rilke, Freud, forman parte de la pléyade de genios donde la estrella de Lou ha iluminado con fuerza, aunque también es cierto, que ella ha pasado a la historia sin luz propia, es decir, relegada a la sombra de todos estos brillantes genios que poblaron su biografía. Se la recuerda enrolada en el bello juego de compañera y de discípula. Se le concede un cierto talento de intérprete, pero no sin reservas: entusiasta, pero un poco naïf, su libro sobre Nietzsche. Comprensiva,

pero demasiado sentimental, sus comentarios sobre Rilke. Originales y audaces, sus trabajos freudianos, pero constantemente amenazados por la herejía mística.

En España, concretamente, se comenzó a hablar de Lou Andreas-Salomé a finales de la década de los sesenta. En 1968 se publicó en castellano su correspondencia con Freud, y un año después el libro de Paul Roazen, *Hermano animal*. Seguidamente se ha traducido, *Aprendiendo con Freud*, escrito en 1931, su ensayo sobre Nietzsche y *Mi hermana, mi esposa*, biografía de Lou escrita por H.F. Peters. Finalmente, a un mal y sensacionalista conocimiento, ha contribuido la película de la italiana Liliana Cavani, titulada *Más allá del bien y del mal*, cuyo contenido deja mucho que desear, a pesar de ser interpretada por la muy atractiva Dominique Sanda.

Quienes han estudiado a fondo la riquísima personalidad de Lou Andreas-Salomé, coinciden en reconocerle el valor máximo de no haber dejado de ser nunca ella misma. Desde los años de su primera formación, cuando abandonado San Petersburgo se había establecido para estudiar en Zurich, hasta el final de sus días, se dedicó a profundizar en algunas intuiciones esenciales, algunas «ideas fijas», de las que nadie, ni el mismo Nietzsche ni Freud, consiguieron desviarla. Su itinerario no se puede ver como una discontinuidad de quien va coleccionando aventuras, ni como la mariposa que va picoteando de flor en flor, ni como una serie de conversiones y reconversiones. En 1914, Lou escribe refiriéndose a la mujer, y por lo tanto, a ella misma: «... en su experiencia más espiritual, en la encrucijada más importante de la cultura misma, ella continúa en el centro de sí misma: formando alrededor de sí círculos cada vez más anchos, a medida que sus dimensiones son más profundas».

Amistades femeninas

Tan llena de muchas y variadas amistades masculinas, la vida de Lou Andres-Salomé se presenta muy parca en amistades femeninas. Siendo muy joven expresa su distanciamiento de la inmensa mayoría de las mujeres que conoce: «Cómo se las hayan arreglado por aquellos años mis compañeras de sexo con el problema del amor y de la vida es cosa que sólo sé por detalles aislados. Puesto que ya por entonces, sin darme cuenta, estaba yo en una actitud diferente a la de ellas». «Porque mis coetáneas —escribe también por aquellas fechas—, en su juvenil optimismo, seguían viendo de color de rosa cuanto anhelaban, en el sentido que no podía dejar de realizarse a medida que lo fueran deseando.»

Malwida von Meysenburg, «la gran dama del movimiento feminista alemán», es la primera mujer de la que Lou habla con entusiasmo y admiración. Se conocieron en Roma en 1882, cuando Malwida ya había cumplido 60 años y ella contaba 21. La primera, era veterana de la actividad política y literaria, que le granjearía el respeto y la estima de la élite revolucionaria de Europa: Garibaldi, Mazzini, Wagner, Kindel, Ree, Nietzsche, Romain Rolland, etc. Malwida había escrito el libro titulado *Memorias de una idealista*, cuya lectura impresionó hondamente a Lou, al encontrar desarrollados en él muchos de los pensamientos que por aquel entonces ya rondaban por su mente: referencias respecto a la condición de la mujer en la sociedad de su época y el sistema

educativo que la acogota. «Sistema educativo que mantiene a las mujeres —dicen las *Memorias* de Malwida—, al margen de las grandes influencias libertadoras, que les impide asociarse a las fuerzas elementales, a todo cuanto es primitivo, y que destruye en ellas toda originalidad. Estar en medida de abandonarse a las grandes impresiones con verdadero impulso es lo que hace fuerte a la gente.»

La relación de estas dos mujeres fue entrañable y fructífera, hasta que Lou, poniéndose por montera todos los convencionalismos sociales, decidió cohabitar con Nietzsche y Paul Rée, en un intento de formar lo que ellos llamaron la «Santa Trinidad». Malwida, protectora y amiga íntima de los dos filósofos, en cuya casa se habían conocido los tres, decidió romper definitivamente su relación con Lou, al no compartir su osada decisión.

Cuatro hombres

Años más tarde, ya en la década de los noventa, durante su estancia en París, Lou habla de una nueva amistad femenina: «La única mujer —escribe— de cuya amistad íntima gozaba en aquellos años era Frieda, baronesa von Bülow, con la que ya había trabado conocimiento en Tempelhof. En 1908 me la arrebató su temprana muerte, cuando comenzaba los cincuenta». «Por naturaleza —dice también—, Frieda tendía a la melancolía, a pesar de su voluntad virilmente robusta y de su impulso vital, que la habían llevado en su juventud al Africa oriental, en la época de los éxitos de Carl Petersen. A esta mezcla de cansancio y energía para la acción solía ella llamarla su parte en un viejo y cansado linaje, que terminaría, por último, en la nostalgia de la sumisión y la entrega.»

Otra tercera amiga, citada por Lou, es Helene von Klot, nacida en Riga, en el Báltico, y casada con un arquitecto alemán. «Helene y Frieda —escribe—, se diferenciaban entre sí como un chico negro de una Virgen rubia. Y si la sed de acción de Frieda le arrastraba a las distancias, el destino de Helene estaba como íntimamente prefijado en la omnipotencia del amor, para ser mujer y madre.» Lou se sintió profundamente unida a Helene, «porque esta naturaleza fuertemente anclada en el amor me toleraba —dice—, sin reservas, tal y como yo era, hasta cuando actuaba como un monstruo».

Finalmente, otra importante amistad femenina que duró muchos años, fue la de Ana Freud, aunque la relación entre ambas, tal vez fue más científica, que afectiva y de mutuo apoyo personal.

Las contemporáneas de Lou que vivían ocupadas política y socialmente en la causa de las mujeres, calificaron a ésta de feminista ambigua. En 1899, la feminista alemana Hedwig Dohm, publicó un artículo titulado «Reacción en el seno del movimiento de las mujeres», en el que señalaba que «en Lou Andreas-Salomé, se encuentran frases que hacen poner de punta los pelos de la cabeza de una mujer emancipada, al lado de otras frases, que podrían muy bien servir a la causa feminista». Efectivamente, su posición viene a ser muy ambigua, ya que si por una parte su ideología le conduce a contestar todo conformismo social y a querer liberar totalmente la vida erótica, por otro lado, no cesa de afirmar que existe una «naturaleza femenina», que ella define retomando los principales clichés de la imaginación masculina.